

¿Hay una identidad cultural europea?

Margareta Hauschild*

La idea de participar en la construcción de una Europa pacífica y unida parecía maravillosa a jóvenes alemanes nacidos como yo en la Alemania de la posguerra. Éramos muy conscientes del papel vergonzoso que nuestro país había jugado en las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX. Crecí en la zona ocupada por los ingleses, en Westfalia, en Alemania del Norte.

En 1957, el año en que empecé la escuela primaria, se fundaron –a través de los Tratados de Roma– la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica.

En la escuela empecé a aprender inglés con mucha alegría. Escuchábamos la radio BFBS (British Forces Broadcasting Service), que nos hizo descubrir la música pop, los Beatles y mucho más. Luego aprendí latín y francés. Me encantó entrar así en otras culturas y poder "adoptar" otras identidades además de la mía.

En el año 1963 Adenauer y De Gaulle firmaron el Tratado del Eliseo. Esto marcó el inicio de un intercambio cultural entre los ciudadanos de dos países que habían sido enemigos. Sin embargo, mientras las relaciones entre estados de Europa del Oeste y los EE UU mejoraban, la Guerra Fría entre el Oeste y el Este se endureció.

Yo tenía 10 años cuando fue construido el Muro de Berlín el 13 de agosto de 1961. En ese momento, estábamos de vacaciones con mi familia en un pueblo situado junto al mar Báltico, Kellenhusen, siempre en la "zona de ocupación inglesa", pero muy cerca de la "zona de ocupación rusa". Nos consternó la noticia y volvimos a casa.

La tercera guerra no estalló; sin embargo, la construcción del Muro había aislado Berlín Oeste de manera brutal, además de dividir Europa de manera aún más eficiente. En poco tiempo las fronteras entre las dos Alemanias y entre Baviera y Checoslovaquia se cerraron por el Telón de Acero. Así pasaron mis años de la educación secundaria, con una orientación necesariamente dirigida hacia el mundo y las culturas del Oeste. Tras terminar mis estudios de Filología Románica e Inglesa y, tras unas primeras experiencias de enseñanza de lenguas extranjeras en un "Gymnasium" cerca de Colonia, yo buscaba posibilidades para empezar una carrera internacional. En 1981 empecé a trabajar en el Goethe-Institut, en el área de la enseñanza del alemán.

Mi primer puesto en el extranjero fue en París, como responsable del programa de formación para profesores de alemán que el Goethe-Institut ofreció en todas las regiones en Francia, en colaboración con el Ministerio de Educación francés.

Ya desde principios de los años ochenta, el British Council y el Goethe-Institut, en colaboración con una institución francesa de enseñanza superior, organizaron juntos encuentros de metodología y didáctica para los profesores de lenguas extranjeras, con el fin de compartir estrategias útiles para todos.

Con la caída del Muro en Berlín en 1989 y con la apertura del Telón de Acero se inició un nuevo capítulo en la historia de Europa y del mundo. Por esos días yo estaba en la isla francesa de La Reunión dando cursos de formación a unos ochenta profesores de alemán. Al entrar en el centro escolar a las nueve de la mañana del 10 de noviembre, vi a los "profes" gesticulando, unos abrazándose de alegría y otros llorando. Les pedí, entonces, trabajar en grupos sobre lo que significaba la caída del Muro de Berlín para cada uno y lo que significaba para Europa y el mundo.

Algunos de los "profes" habían estudiado alemán con becas de la República Democrática Alemana en Berlín Este o en Leipzig, otros habían conseguido becas de Rusia para estudiar en Moscú, muchos habían estudiado en Francia y algunos en la República Federal de Alemania. La mayoría de los que lloraban habían sido formados en el Este y guardaban muy buena memoria de la gente, de la calidad de enseñanza de las universidades y de la situación política.

Mi primer puesto de directora de un Goethe-Institut fue en Atlanta, EE UU. Por ese entonces, el Tratado de Maastricht de 1992 marcó una nueva etapa en la integración europea y permitió soñar con más integración política. La CEE se convirtió así en la Unión Europea (UE).

Como observábamos en EE UU reacciones mixtas sobre en qué medida iba a afectar el Tratado de Maastricht a las relaciones bilaterales de ese país con la Unión Europea, organizamos entre los institutos culturales y las embajadas mesas redondas en varias universidades norteamericanas sobre este tema.

En la primavera de 2001 fui enviada a Bruselas para asumir la dirección del Instituto Alemán en la capital europea y para representar el Goethe-Institut con sus más de 130 sedes, en unos 90 países delante las instituciones europeas.

Los institutos culturales europeos habían entendido muy bien que frente a las instituciones europeas se les escucha mucho más si se presentan juntos. Por eso fundaron una asociación jurídica con estatutos basados en el Derecho belga a finales de 1999, bajo el nombre latín CICEB (Consotiatio Institutorum Culturalium Europaeorum Inter Belgas), el cual no favorecía a ninguna lengua moderna.

Al llegar en el 2001 a Bruselas, me designaron presidenta del consorcio CICEB. Ampliamos nuestro objetivo inicial, centrado en la enseñanza de nuestros idiomas, a una colaboración recíproca en el área de cultura y nos posicionamos como red de institutos culturales europeos capaces de aconsejar a las instituciones comunitarias en cuanto a políticas culturales dentro y fuera de Europa. Logramos cofinanciaciones para proyectos culturales, en el marco del programa "Cultura" y sobre el tema del multilingüismo.

En el 2006, los directores generales de estos institutos culturales decidieron establecer una red entre ellos en Bruselas. El CICEB se transformó en EUNIC (European Union National Institutes for Culture), ahora una verdadera asociación europea con miembros en los estados comunitarios, empezando en 2006 con unos quince integrantes hasta lograr más de veinticinco en 2014.

En este mundo multilingüe y diverso en la capital de la Unión Europea me sentí muy feliz, sobre todo después de las ampliaciones de 2004 y 2007. Llegaron



Ceremonia de entrega de la Medalla de Europa otorgada por la Ministra Europea de Baviera, Emilia Müller, en mayo de 2010.
Foto: Goethe-Institut .

a Bruselas los institutos culturales de la República Checa, de Hungría, de Polonia y de Rumanía. Por fin podía aprender algo nuevo de regiones de Europa que habían estado totalmente "escondidas" detrás del Telón de Acero. Las actividades y el radio de acción de CICEB-EUNIC se extendieron. Mi presidencia de EUNIC Bruselas en el 2007/8 cayó en pleno entusiasmo por una Europa con más miembros y al mismo tiempo más unida, con posibilidades casi ilimitadas para la colaboración cultural europea.

La gran mayoría de los proyectos culturales del Goethe-Institut durante mi estancia en Bruselas tenían elementos europeos, hasta los proyectos culturales que organicé para la presidencia alemana del Consejo Europeo en la primera mitad del 2007, en colaboración con la representación alemana en la Unión Europea. El más importante fue la construcción de una instalación luminosa en la Plaza Schumann, que representa el cerebro de la UE, con el edificio Justus Lipsius (sede del Consejo Europeo) y el edificio Berlaymont (sede de la Comisión Europea). Las dos artistas y hermanas germano-turcas Anny y Sibel Öztürk crearon la obra *¡Más luz!*, un anillo de luz de 63 m de diámetro con unos 600 tubos LED interactivos que cambiaban de color con los coches que se movían alrededor y con los movimientos de los peatones en la plaza. *¡Más luz!* iluminó la Plaza Schumann durante los seis meses de la presidencia alemana.

Mi estancia en Bruselas me convenció aún más de que es posible tener más identidades culturales que la que muestra el carné de identidad. La riqueza cultural de la Unión Europea que tenemos ahora con casi treinta miembros y con casi veinticinco idiomas oficiales, es algo único en el mundo. Desde mi nacimiento ya tengo una identidad regional (Westfalia) y una identidad nacional (alemana) y una lengua materna (alemán). He vivido el aprendizaje de cada nuevo idioma como una "adopción" de otra identidad, sin perder mi identidad alemana. Esto es la riqueza de Europa: vivir y adoptar múltiples identidades culturales.

En Bruselas me pregunté: ¿cómo puede funcionar Europa con identidades pluriculturales fuera de Bruselas y fuera de Bélgica (donde hay tres idiomas nacionales) en países más bien monoculturales y monolingües, como Francia y también Alemania? Quizás por eso quería yo irme a otro sitio de la UE en donde las pluridentidades europeas y el multilingüismo estaban menos presentes.

En agosto del 2009 vine a Madrid a dirigir el Goethe-Institut con sus sucursales en el País Vasco y en Andalucía. Quería "volver" a Madrid, donde había estudiado entre 1976 y 1977 con una beca del CSIC y había vivido un año maravilloso a principios de la "movida". Madrid y España me encantaron, como me habían encantado entonces, y más ahora que España era miembro importantísimo de la UE desde el 1986 y, desde luego, el destino preferido para los estudiantes participantes en el programa europeo ERASMUS .

El Goethe-Institut siempre tiene dos tareas en los países en los cuales tiene sede: colaboraciones culturales y promoción del alemán.

Colaborar con instituciones españolas en el ámbito cultural es una maravilla y las actividades culturales en las que pudimos participar representan el apogeo de mi carrera profesional. Con relación a la promoción del alemán, me gustaría trabajar mucho más en el ámbito de cooperaciones institucionales, en cuanto a la formación de profesores de alemán. Justamente porque en España el sistema de enseñanza pública no contempla de manera adecuada el aprendizaje de lenguas extranjeras y porque no ofrece suficientes puestos para profesores de alemán, los institutos culturales y también el Goethe-Institut tenemos tanto "éxito" en la enseñanza de nuestra lengua para adultos.

Queda mucho por hacer, no solamente en España, sino en cada estado miembro de una UE que sigue creciendo. Estamos en 2014 no solamente en una crisis económica global, sino también en una crisis de orientación sin saber hacia dónde vamos en la UE y de qué manera caminamos juntos.

En estos momentos me alegro de estar lejos de Bruselas y de las instituciones comunitarias y de poder contribuir a la colaboración cultural europea desde un punto un poco más periférico, pero todavía y siempre convencida de la idea de construir una Europa más unida, pluricultural y plurilingüe.

Foto de perfil: Liesa Johannson.

***Margareta Hauschild** nació en Bünde, en 1951. Cursó estudios de Filología y Lingüística de inglés, francés y español en Friburgo, París, Colonia y Madrid. Se incorporó al Goethe-Institut a principios de 1982, donde ocupó varios puestos relacionados con la enseñanza y el aprendizaje de la lengua alemana, tanto en la sede central del Goethe-Institut en Munich, como en diversos centros en el extranjero. Desde 1992 hasta 1996 fue directora del Goethe-Institut en Atlanta, EE UU. Preparó y realizó la participación alemana en la Olimpiada Cultural durante los Juegos Olímpicos y Paralímpicos en Atlanta en 1996. Dirigió durante cinco años el departamento de Investigación y Desarrollo para el alemán como lengua extranjera en la sede central en Munich. En 2001 fue nombrada delegada del Goethe-Institut para asuntos europeos y directora del centro en Bruselas. Fue presidenta del Consorcio de Institutos Culturales Europeos en Bélgica. Fue responsable para una gran parte del programa cultural durante la presidencia alemana de la UE en la primera mitad de 2007. Fue presidenta del Consorcio de Institutos Culturales Europeos entre los años 2007 y 2008. Desde septiembre de 2009 es directora general del Goethe-Institut en Madrid. Fue presidenta de EUNIC España en 2012/13.